

Primo Levi: tatuaje, voz, marca - Un ejercicio de lectura.

Perla Sneh

*Desde entonces, a una hora incierta
esa agonía retorna
Y hasta que mi horroroso relato es narrado
Este corazón dentro mío quema*¹
S. T. Coleridge
(El poema del Viejo Marinero)
Exergo de *Los hundidos y los salvados*

El título que propuse no es verdaderamente tal, es apenas una serie de términos que señalizan un interés que, un poco vagamente, llamo por ahora “lenguaje y exterminio”. Dije “tatuaje”, “voz” y “marca” como quien subraya sin saber muy bien por qué algo en un texto, para el caso, uno de Primo Levi. Entonces no se trata de estos términos como conceptos, sino como problemas concretos que proponen las palabras de un autor, es decir, alguien que tiene una determinada relación a la letra y la escritura. También es alguien que tiene determinada relación al horror porque, como todos saben, Primo Levi era sobreviviente de Auschwitz.

Levi habla de algo que llama un *recuerdo puramente acústico*, que sería efecto de ese “vacío desprovisto de comunicación” que era el campo. Un recuerdo puramente acústico de frases y palabras pronunciadas y escuchadas en lenguas desconocidas. Todavía recuerda, dice en *Los hundidos y los salvados*, cómo se pronunciaba en polaco “no mi número de matrícula sino el del prisionero que me precedía en la lista de uno de los barrancones; un revoltijo de sonidos que terminaba armoniosamente (...) en algo así como ‘stergisci stéri’”. Años más tarde supo que quería decir “cuarenta y cuatro”, pero mientras estuvo en el campo era para él una señal de apronte: en ese barracón, el polaco era la lengua oficial y de la celeridad en responder cuando llamaban a su número dependía recibir o no la ración diaria de sopa.

¿Podemos llamar “palabra” a estos términos, verdaderos golpes del habla, pura violencia dicha?

Es decir –extremando los términos- ¿había lenguaje, había palabra, en el campo?

No es casualidad que Levi mencione entonces el término con que se denominaba el látigo en otro campo [Mauthausen]: der *Dolmetscher* (el intérprete, el que se hace entender por todos). La verdadera violencia, dice Levi, no es tanto que no hubiera un código común. Hacerse entender entre quienes no poseen ningún código en común es difícil, pero subsiste la *voluntad de entender o, por lo menos, no existe la voluntad de rechazar la comunicación*. Lo que Levi está diciendo –o al menos, la pregunta que puede derivarse - es ¿qué quiere decir hablar cuando el Otro está manifiestamente ausente? ¿Qué quiere decir hablar sin un Otro?

Levi habla de una incommunicabilidad radical, de un choque con una insuperable barrera lingüística. En principio esto pasaría por saber o no alemán, quienes sabían o entendían algo de alemán eran objeto, por parte de los guardias nazis, de una *apariencia de relación humana*. Ante quienes no lo entendían, la orden dicha en voz tranquila era “repetida en voz alta y rabiosa como si se dirigiese a un sordo o a un animal doméstico más sensible al tono que al contenido del mensaje”. Estos “nuevos sordomudos” se refugiaban instintivamente en los rincones, el golpe podía venir de cualquier lado, los que no entendían desaparecían rápidamente de escena. De a poco, dice Levi, cae en desuso el recurso a la palabra para comunicar el pensamiento; se la sustituye por golpes. “Era una señal de que ya no éramos hombres; con nosotros, como con las mulas o las vacas, no existía una diferencia sustancial entre el grito y el puñetazo”. Los que no sabían alemán morían, entonces, dice “por falta de información”. ¿O habría que decir por falta de palabra?

“Esto de sentirse seres a quien no se hablaba tenía efectos rápidos y devastadores”. La aceptación del eclipse de la palabra, era un síntoma fatal: señalaba que la indiferencia definitiva se estaba aproximando. Había que defenderse como fuera: mendigando información, propalando noticias absurdas o creíbles, aguzando ojos y oídos para captar cualquier especie de signo ofrecido por los hombres, la tierra o el cielo.

Levi, que sabía algo de alemán por sus estudios de química, rápidamente descubre que eso no tenía nada que ver con la lengua que se hablaba en el campo, que era una lengua aparte, una

lengua que va a llamar [y lo dice en alemán] *orts-und-zeitgebunden*, es decir, ligada a un tiempo y un lugar.²

Cuando Levi entiende esto, paga con raciones de pan a otro prisionero para que le dé clases del alemán del campo.

Leyendo los textos de Levi no puede uno dejar de notar cierto estatuto particular que va adquiriendo en su texto la lengua alemana. Por ejemplo, no dice “campo” sino *Lager* y, a pesar de que lo traduce, que lo explica y que en italiano dispone de la palabra “campo”, mantiene el término en alemán a todo lo largo del texto, como si el sólo decirlo en alemán transmitiera algo que la traducción no logra. Como si fuera un nombre, que no se traduce, que se preserva a través de las lenguas; casi como si fuera –aventuro- el *nombre de su experiencia*.

En muchos casos, al contar situaciones del campo, utiliza el término alemán, no pocas veces por necesidad narrativa, generalmente lo explica sin traducirlo, sin buscar un equivalente que muchas veces, es cierto, no lo hay. Y, sin embargo, el retener la palabra alemana parece constituirse en un *gesto* inherente a su escritura.

Por ejemplo escribe *Wortschatz*, “tesoro de palabras” en alemán y, en efecto, en eso se había convertido su poco conocimiento de la lengua, ya que le permitía mayor chance de sobrevivencia; dice *Befehlnotstand* (p. 52) en referencia a lo que aquí llamaríamos “obediencia debida” (“estado de constreñimiento como consecuencia de una orden”); *Zählappel* (el pasar lista matutino que tiene más bien un énfasis de recuento de objetos que de lista de nombres humanos, p. 99, la violencia inútil); *Bettenbauer* (los hacedores de camas, p. 101, ídem); *Bettenächzieher* (“los arregladores de camas” p. 101, ídem). Habla de *Mitmensch* y traduce: “prójimo”. Dice que los alemanes eran *Gründlich* y después traduce: radicales.

¿Por qué no alcanza con decir que los alemanes eran radicales y hay que decir además -y primero que nada- que eran *Gründlich*, como si esos alemanes fueran más radicales por ser *Gründlich*? ¿Por qué incluir siempre la sonoridad misma del alemán?

La pregunta me interesa sobre todo a la luz de lo que *no* dice en alemán. Porque cuando se trata de los *Sonderkommandos* –los “comandos especiales”- que, como dice el propio Levi, eran “la desdichada mano de obra de la matanza”, los comandos de judíos que debían vaciar las cámaras y acarrear a los asesinados a los hornos, Levi menciona una sola vez el término alemán, luego lo traduce por “Brigadas especiales” (p. 44) y ya no vuelve a utilizarlo. Como absteniéndose de nombrar a esos desdichados en esa lengua, como si fuera una extraña ternura póstuma hacia ellos, como para, quizás, ahorrarles un último golpe de lo que él llama *violencia inútil*.

Así llama Levi a la creación de un dolor que es un fin en sí mismo. Él hace una especie de lista de estas situaciones que apenas menciono sin entrar en detalles: el viaje en tren como prólogo al campo, las ofensas al pudor, el apremio de los excrementos, el apremio de la desnudez, la escasez de cucharas (no debida a ningún ahorro sino a la deliberada intención de humillar), el trabajo absurdo (y da como ejemplo el campo de mujeres en Ravensbrück, donde éstas, formadas en ronda, debían desplazar arena de su montón al de la vecina de su derecha, de modo que la arena retornaba al lugar de origen). Entre estas manifestaciones de violencia inútil menciona el tatuaje.

Éste era una práctica autóctona de Auschwitz, poco dolorosa (apenas tomaba un minuto), pero profundamente violenta, una violencia sin fin ulterior, sólo quería decir: “ya no tenéis nombre”. Y ese tatuaje, dice Levi, cuando los prisioneros “políticos” no judíos recibían el correo, es decir, cuando podían comunicarse con los suyos, significaba una especial desolación: “En ese momento, sentíamos que el tatuaje nos quemaba como una herida”.

También dice³: “Cuarenta años después mi tatuaje forma parte de mi cuerpo. Lo enseño de mala gana a quien quiere verlo por curiosidad, lo hago enseguida y con ira a quien se declara incrédulo. (...) ¿Por qué iba a borrármelo? No somos muchos en el mundo los que somos portadores de tal testimonio.”

Y aquí quiero referirme al párrafo que me vino a la mente cuando Estela me invitó a contarles algo de mis lecturas: Después de mencionar algunos términos en el *Lager jargón* (la jerga del campo) -como *fressen* que significa comer pero aplicado a animales, no a seres humanos-, menciona el verbo *abhauen*, que significa “cortar”, “truncar”, pero que en el campo significaba algo así como “tomárselas”, “irse al carajo”. Entonces cuenta: “Una vez usé de buena fe esta

expresión después de la guerra para despedirme de unos educados funcionarios de la Bayer, luego de una entrevista de negocios (Jetzt hauen wier ab) (...) Me miraron estupefactos". Y agrega: "Les expliqué que no había aprendido alemán en la escuela sino en un lager llamado Auschwitz; se produjo un momento de embarazo, pero como yo era el comprador siguieron tratándome con cortesía. Luego me he dado cuenta que *mi pronunciación también es vulgar pero, deliberadamente, no he querido refinarla, por lo mismo que no he querido borrar el tatuaje del brazo izquierdo.*"

Esta lengua cuyos términos funcionan, por su sola pronunciación, por su mera sonoridad, a la manera de un nombre, tiene, subrayo, el valor de un tatuaje. Más aún, en referencia a la traducción de *Si esto es un hombre* al alemán, comenta Levi: "El alemán que necesitaba mi texto, especialmente en los diálogos y en las citas, era mucho más elemental que el d[el traductor] (...) él conocía el alemán de los cuarteles (...) pero ignoraba la jerga degradada, con frecuencia satánicamente irónica de los campos. (...) a veces sobre un solo término se encendía una discusión encarnizada". La discusión surgía porque Levi se dejaba guiar por su memoria acústica, esa violencia puramente sonora de términos desconocidos y presentes y el traductor, por su parte, argumentaba que eso "no es alemán, los lectores de hoy no lo entenderían". Finalmente, llegaban a un compromiso, pero lo importa aquí es subrayar que el propio Levi dice que en ese momento se sentía impulsado por un "escrúpulo de hiperrealismo": quería que en ese libro "*especialmente en su versión alemana* no se perdiese nada de aquellas asperezas, de aquellas violencias hechas al lenguaje". Quería que fuera una "restitutio in pristinum, una re-traducción a la lengua en la cual las cosas habían sucedido y a la cual le correspondían. Tenía que ser, *más que un libro, una cinta magnetofónica.*"

Es decir que esos términos, ese alemán, con valor de nombre y de tatuaje, debía hacer presente —a la manera de la cinta magnetofónica— el sonido mismo de las palabras, la palabra como voz. La pronunciación vulgar —diríamos, un tatuaje en la voz— trae intempestiva e indecorosamente el horror del campo al centro de la vida cotidiana. La palabra, su mera pronunciación, lleva la marca —el tatuaje— del campo. Sí, pero ¿sobre qué cuerpo?

Cuando le piden a Levi un prefacio para la versión alemana, no se siente con fuerzas de hacerlo y pide incluir, a modo de tal, un fragmento de la carta que había mandado como agradecimiento al traductor. De ella aquí sólo me interesa, en este caso, subrayar una frase: "Es posible que sea una presunción, pero he aquí que yo, hoy, el prisionero número 174.517, por mediación de usted puedo *hablarle a los alemanes...*"

¿Qué es esta especie de "tatuaje lingüístico", esta voz que lleva tatuada en su voz, este habla grosera y vulgar de la que Levi rehusa desprenderse, tal como rehusa borrarse el número del brazo y que le permitiría hablarle a los alemanes no como un hombre (*Si esto es un hombre* se llama el libro...) sino como el cuerpo que porta un número en el brazo? ¿Qué es ese cuerpo? ¿Qué es este particular modo de transmitir *aquellas violencias hechas al lenguaje*? Es cierto, se trata de volver sobre la lengua asesina el embate de su propia violencia, pero ¿a qué precio? Porque, cuando los funcionarios reciben el golpe de la violencia de su propia lengua, ¿dónde queda Levi sino, nuevamente, *dentro* del campo? Y una vez allí, ¿no vuelve a padecer la terrible incomunicabilidad del Lager?

En referencia a esto, en algún momento pensé en una carta de Freud a Fliess, donde él habla de la madre desnuda y, por pudor, lo dice en latín: *mater nudam*, como si la lengua extranjera funcionara de velo ante el horror de la imagen evocada. Levi, al parecer, hace el movimiento inverso: el término en alemán —aún si extranjero, *especialmente* para los alemanes ("esto no es alemán", le dice el traductor)— funciona desgarrando todo velo, con una desnudez más allá de la desnudez. Como la desnudez de cuando se entraba al campo: "se entraba desnudo, e incluso más que desnudo, privado no sólo de los vestidos y de los zapatos (que eran confiscados) sino también del cabello y de todo vello". Un cuerpo desnudo más allá de la desnudez es un cuerpo animal, que nunca está desnudo. Una lengua desnuda más allá de la desnudez no es una lengua humana. Lengua extranjera no en un sentido idiomático sino extranjera a la palabra misma.

¿Pero puede este lenguaje despojado de fantasma, hablado en ausencia de Otro, reproducirse con nuestras lenguas cotidianas? Para decirlo de otro modo: ¿puede hablarse desde un habla fantasmática de aquello en que el fantasma está abolido?

Para terminar, o más bien, para interrumpir, voy a hacer un par de citas más. Una en referencia al hecho de prestar testimonio. Dice Levi: “Sería incapaz de decir si lo hacemos (se refiere a los que prestan testimonio) por una suerte de obligación moral hacia aquellos que han enmudecido, o por el contrario, para librarnos de su recuerdo. Lo cierto es que obedecemos a un impulso potente y duradero...”

Levi no puede decir por qué lo hace, pero sí puede decir algo de cómo hacerlo: en el ámbito de los testimonios, condena con vehemencia todo esteticismo y lo que él llama la “libido literaria” (p. 52).

Pero entonces escuchen esta singular descripción de los primeros días en el campo: “En la memoria de todos nosotros, los sobrevivientes escasamente políglotas, los primeros días del Lager han quedado grabados en forma de película desenfocada y frenética, *llena de ruido y de furia y carente de significado*: un ajeteo de personajes sin nombre ni rostro sumergidos en un continuo y ensordecedor ruido de fondo del que no afloraba la palabra humana. Una película en blanco y negro, *sonora pero no hablada*.”

No sé si lo han notado: Este sobreviviente escasamente políglota, que nos habla de una pura voz sin palabra, del ruido ensordecedor de la violencia, ha entretelado en este fragmento testimonial no sólo el Lager –ese nombre que da a su experiencia- sino también, llamativamente, una frase de Macbeth (Acto 5, Escena 5: *Life is a tale, told by an idiot, full of sound and fury, signifying nothing* –): La vida es un cuento contado por un idiota, llena de sonido y de furia, carente de significado.

Y aquí es el momento para retomar nuestro epígrafe profundamente literario –y acá, en estas líneas, eso quiere decir profundamente trabajado por un deseo de escritura- que procede de la primera página de *Los hundidos...*”

Desde entonces, a una hora incierta / esa agonía retorna / Y hasta que mi horroroso relato es narrado / Este corazón dentro mío quema

Esa “hora incierta” tiene largo alcance en la obra de Levi. Menciono aquí sólo un poema, “El sobreviviente”:

*Desde entonces, en hora incierta
la agonía vuelve,
y hasta que el relato es narrado
el corazón le arde en el pecho.
Ve las caras de sus compañeros,
lívidas a la luz del alba,
grises por el polvo de cemento,
indistintas en la niebla,
teñidas de muerte en el sueño inquieto.
Por la noche, bajo el pesado fardo
de las pesadillas, su mandíbula se mueve,
masticando una papa inexistente.
«Marchaos, dejadme solo, entes sumergidos,
largaos. No he suplantado a nadie,
no he robado el pan de ninguno.
Nadie murió en mi lugar, nadie.
Volved a vuestra niebla.
No es mi culpa si vivo y respiro,
Si como, bebo, duermo y me visto.*

Esa hora incierta, no es tanto un *time out of joint*, un tiempo fuera de quicio, para decirlo con palabras que Shakespeare da a Hamlet, sino una *lengua fuera de quicio*, una lengua que gira loca sin anclaje en un Otro. La lengua que quiere decir lo que nadie puede decir: qué es estar en el mundo sin Otro. Una lengua que hay que preservar a fuerza de tatuajes, marcas talladas en la palabra, en la voz, en el cuerpo.

El afán de Levi busca preservar la literalidad, no traicionar las “palabras verdaderas”, no renunciar a ese “nombre de la experiencia” que, para él, parece transmitir *íntegramente*, el testimonio de los hundidos. ¿Pero, acaso, no podemos decir que, al mismo tiempo, su gran

dolor es el mismo que el de Robert Antelme, otro testigo, autor de "La especie humana", que en su momento dijo: "El hecho de *haber encontrado* las palabras para escribir "La especie humana" me ha herido definitivamente"?

¿Haber encontrado las palabras para escribir no sería equivalente a haber borrado el tatuaje? Pero acaso, inversamente, ¿acaso ese tatuaje se borra por borrarlo?

1- *Since then, at an uncertain hour / That agony returns: / And till my ghastly tale is told / This heart within me burns. The Rime of the Ancient Mariner, Samuel Coleridge.*

2- Variante particularmente bárbara del LTI. Aquí mantiene una tesis semejante a la de Steiner cuando dice que "la lengua alemana había mostrado una aversión espontánea por las palabras de origen no germánico (bronquitis: inflamación de los tubos aéreos; duodeno: "intestino de doce dedos"), por eso al nazismo, que quería purificar todo, le quedaba muy poco por purificar. LTI: desplazamientos semánticos y abuso de ciertos términos como *volkisch* y *fanatisch* que había pasado de connotación negativa a positiva. Pero la lengua del Lager se emparentaba con la lengua de los cuarteles prusianos y el alemán de las SS.

3 - Cap. *La violencia inútil.*

Viernes 3 de Septiembre de 2010